



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Los chicos ingeniosos.

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

CARTA CANTA

POR

José Estremera

¿QUÉ IMPORTA?

POR

Luis de Ansoarena

FILOHIDROTERAPIA

POR

Eduardo Busillo

LA CRUZ DE BENEFICENCIA

POR

Emilio S. Pastor

FUTURA IMPERFECTA

POR

Juan Pérez Zúñiga

EL DEDAL DE PLATA

POR

Sinesio Delgado

CARTA Á CLARÍN

POR

Eduardo de Palacio

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

LOS CHICOS INGENIOSOS

Por

¿QUÉ IMPORTA?

FILOHIDROTERAPIA

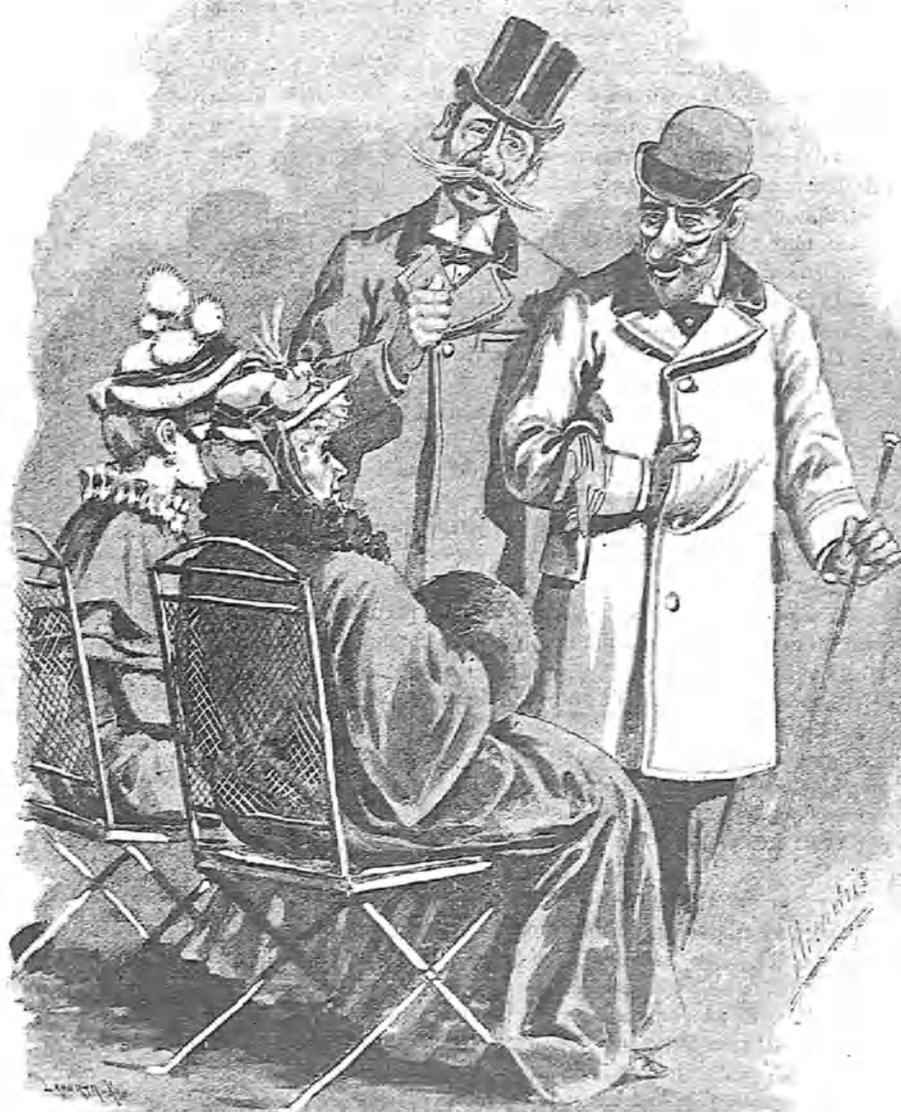
LA CRUZ DE BENEFICENCIA
(cinco viñetas)

LA VENGANZA
(cinco viñetas)

ORDEN DE LA AUTORIDAD

Por

Cilla



—¿Qué demonio de hombre's' Ponerse unas narices postizas...
—Es para poder andar entre los coches sin tener que disfrazarnos del todo.
—¡Jesús! ¡qué ocurrencia!
—¿Es graciosa, verdad? ¡Pues todos los años tenemos la misma!

DE TODO UN POCO

Las manifestaciones estuísticas de que ha sido objeto el ilustre Pérez Galdós, con motivo del estreno de su última obra dramática, nos han proporcionado un dulce regocijo.

Tiempo era ya de que hubiese aquí expansiones generosas, provocadas por sentimientos nobles, ajenos á la política y á la adulación. Hasta ahora estábamos acostumbrados á las ovaciones callejeras en obsequio de una autoridad ó de un prohombre que puede dispensar mercedes; pero no se había dado el caso de llevar en triunfo por las calles de Madrid á un autor dramático, después de la representación de una comedia.

Los que han victoreado á Pérez Galdós no esperan de él credenciales ni cruces, ni siquiera billetes para visitar los establecimientos públicos, porque Pérez Galdós no es hombre que prodigue las mercedes, y aun cuesta cierto trabajo conseguir que nos dé los buenos días.

Es, pues, verdaderamente hermoso el espectáculo que ofrece una juventud ajena á toda mira egotista, y que rinde su tributo de admiración y respeto á un hombre que ni aun es director general, ni siquiera empleado del ayuntamiento.

* *

La ovación á D. Benito nos ha proporcionado la ventaja de que cesaran las discusiones sobre la actitud de Silvela. Llevábamos seis ó siete días hablando del discurso de este personaje, y ¡vive Dios! que ya teníamos un Silvela en la boca del estómago—dicho sea con el mayor respeto y sin ánimo de faltarle.

Primero tuvimos Melilla á todo pasto; después, peroné de don Práxedes desde la mañana á la noche; más tarde, noticia diaria sobre la apertura de Cortes; y no podíamos ir á un café ó á un teatro ó á un círculo cualquiera sin que oyésemos invariablemente esta ó otra conversación parecida:

—¿Conque Sagasta sigue mal?

—Sí, muy mal; ahora parece que se le ha agravado la canilla.

—¡Demonio!

—Ayer le pusieron una cataplasma de simiente de zaragatona y enjundia de sapo virgen.

—He oído decir que había que extraerle el peroné.

—¿Todo?

—Todo. Ya le han encargado uno de plata á los Estados Unidos.

—¿Con movimiento?

—¡Naturalmente! Los peronés, para que sean buenos, necesitan moverse mucho.

—¿Qué cosas se inventan ahora! No puede negarse que ha adelantado muchísimo la cirugía.

—Y la ortopedia.

—Y los unguentos. Ayer llevaron á casa un poco de cerato simple para un grano de una cuñada mía, y nos lo comimos con pan. Estaba riquísimo.

—¿Quién veía el cerato de antes y quien lo ve ahora!

En fin, gracias á Pérez Galdós se ha hablado estos días de algo que no se relaciona con nuestros hombres políticos, y se cree uno transportado á una España nueva, sin *Lopez Puigcerveres*, ni *Martinez Campos*, ni *Lopez Dominguezes*, ni *Moretes y Prendergasteses*.

¡Viva Pérez Galdós, que nos hace pensar en cosas más grates!...

* *

Vuelve á agitarse el pensamiento de regalar un «ojo de honor» al hermano del sultán, nuestro amigo del alma.

Lo probable será que se nombre una comisión técnica—según costumbre del país—para que pase á Marruecos y vea cómo tiene el ojo aquel príncipe *reparao*. La comisión llevará en su seno á Laisca, el que hace ojos de cristal á la medida, en la calle de Caballero de Gracia, y sabe dar á cada ojo la expresión que le corresponde.

Hace pocos días que fabricó un ojo azul, para una señorita de Pamplona que vino á verle y le dijo:

—Quiero un ojo de persona enamorada, porque estoy para casarme con un viejo rico y me conviene aparecer tierna y feliz.

Laisca hizo el ojo, se lo colocó á la interesada y ésta se fué á Apolo, á ver *El Guirigay*, de Navarro Gonzalvo; pero no hizo más que sentarse en la butaca y todos los chicos útiles sintieron brotar en su corazón la llama de las grandes pasiones.

—¿Qué mirada tan poética la de esa mujer!—decían entusiasmados, y no cesaban de contemplar aquel ojo, revelador de un alma ardiente y apasionada.

Pues bien, al príncipe marroquí le harán un ojo augusto, como corresponde á su rango, y esto vendrá á estrechar las buenas relaciones que deben existir entre aquel imperio carifoso y esta nación amante.

La idea parece que ha brotado en la imaginación de nuestro ministro de relaciones más ó menos extranjeras, por lo cual tenemos que convenir en que D. Segismundo es el primero de nuestros diplomáticos: el primero él y el segundo Ferreras, digan lo que quieran los termómetros.

* *

También yo voto por que se le rinda homenaje de admiración al insigne poeta de las *Doloras*.

Pero nada de banquetes, á fin de evitar improvisaciones poéticas—fabricadas en el domicilio ocho días antes—y discursos elocuentes de hora y media, con primores de estilo y demás.

Que el homenaje sea «en seco» y sin disparos de poesía llorona como los que sonaron la otra noche en el clásico coliseo de la calle del Príncipe—estilo cursi—con motivo de la velada en honor de Zorrilla, que en paz descanse (si es que puede descansar después de los referidos disparos).

¡Y el Señor sea con D. Ramón de Campoamor y con todos nosotros!

Luis Cabada.

* *

Carta canta.

¡Quién supiera escribir!
САМРОЛМОН.

I

—Escribidme una carta.

—Criatura, sé qué vas á decir, y yo eso no lo escribo.

—¡Ay, señor cara, quién supiera escribir!

—No; para una romántica chicuela es mejor no saber.

—Pues yo desde mañana iré á la escuela, porque quiero aprender.

II

—Ya vengo de la escuela, señor cursi: y, como sé escribir, le he dicho á Juan las frases de ternura que quería decir.

—¿Le escribiste también lo de aquel beso que una noche te dió?

—Sí, todo se lo he dicho, lo confieso.

—¡Incanta!

—¿Y por qué no?

—Más tarde te he de ver arrepentida.

—Yo no lo creo así, porque le he de querer toda mi vida, lo mismo que él á mí.

—Bien; pues si ya á tu gusto te despachas, ¡qué se ha de hacer! (¡Señor, que siempre han de pensar estas muchachas que es eterno el amor!)

III

—¡Ay, soy muy desgraciada, señor cura! Cesó mi amante afán

y me casé hace un año con Ventura, que es más rico que Juan.

Era con mi marido muy dichosa; pero ayer descubrió

Ventura cierta carta cariñosa que á Juan escribí yo.

¡Solo por esa carta me ha creído delincuente y falaz!

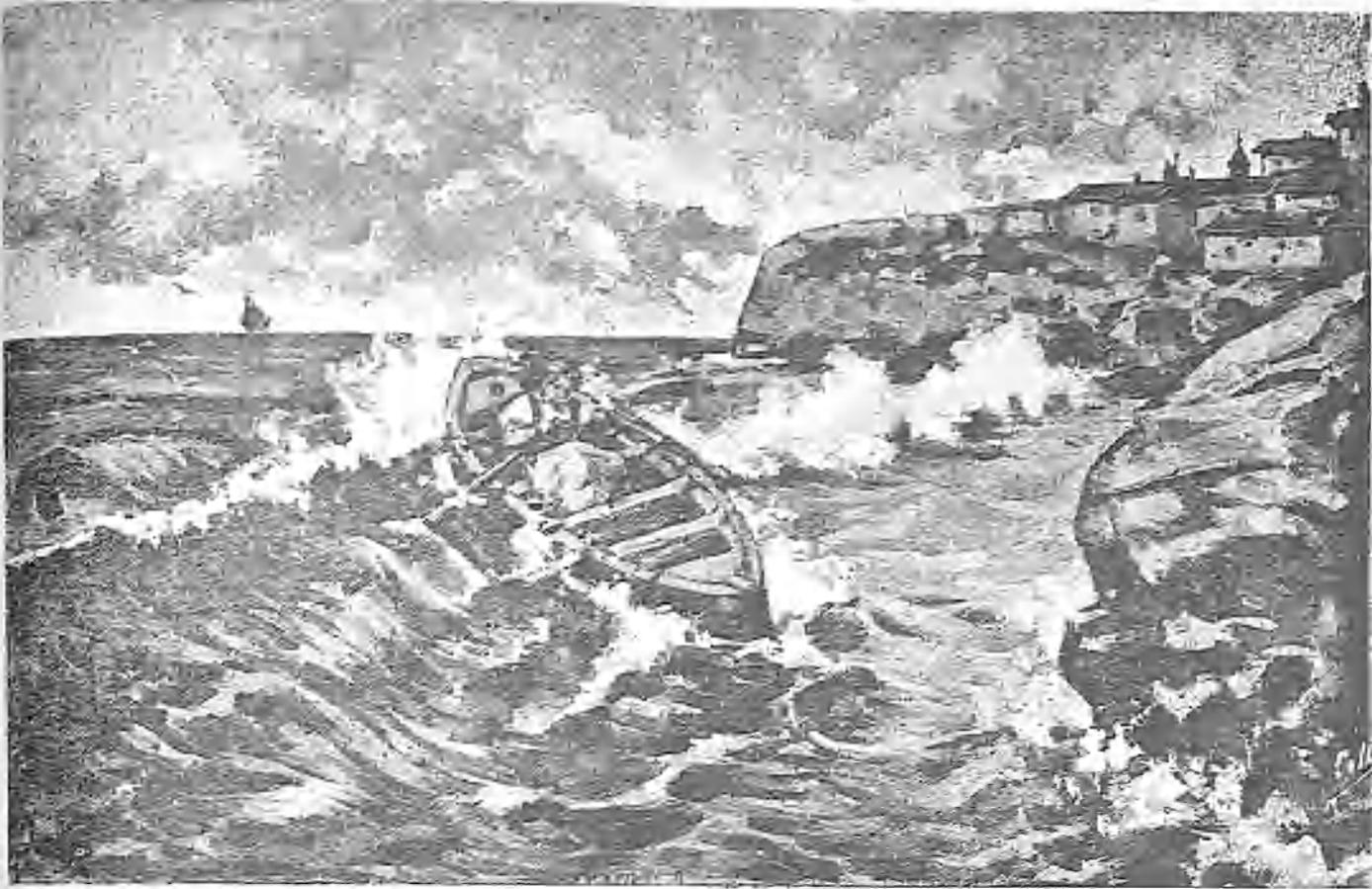
¡Pobre de mí, que de mi hogar querido por siempre huyó la paz!

—¡Ah! No es mucho que así te desesperes; ya me oíste decir

que era mejor que nunca las mujeres supierais escribir.

* *

José Estremera.



La cruz de Beneficencia.

El calor señañaba en el puerto de Motrico el día 20 de Agosto de 189... Era una tarde de esas que, por fortuna, no se repiten dentro del año en los puertos del Cantábrico; el aire soplaba de tierra y quemaba como los alientos de un volcán que repentinamente hubiese abierto su cráter tras de las frescas montañas guipuzcoanas.

El cielo, que había estado toda la mañana de un azul límpido y transparente, comenzaba á tomar en las primeras horas de la tarde ese tinte gris, cuya densidad aumenta hacia el horizonte hasta formar gigantes cas manchas negras, que semejan monstruos surgiendo de las aguas en el punto en que éstas parecen juntarse con el firmamento.

Los veraneantes del interior veían con placer el espectáculo.

Los viejos marinos, en cambio, veían con miedo la aparición de los nubarrones; sus miradas inquietas y las palabras en vascuence que se cruzaban después de contemplar el cielo denotaban la intranquilidad que les sobrecogía. A las cinco de la tarde el vigía de la atalaya comenzó á hacer señales, y las lanchas del pueblo, que estaban á una milla del puerto, emprendieron el regreso á remo con toda la velocidad que les era dable á sus fornidos y ágiles tripulantes. El espectáculo era hermoso; nadie veía el peligro, que, sin embargo, debía estar próximo, y sobre una mar apenas sin movimiento, venían como gaviotas tres docenas de lanchas buyendo de un riesgo desconocido para los profanos, invisible; pero cierto y de un riesgo temido cuanto que se ignoraba el momento en que iba á surgir.

Los instantes parecían siglos á los que, anhelantes, miraban la aproximación de los botes; poco á poco fueron salvando la barra, y cada uno que pasaba el sitio del peligro nos parecía á los que contemplábamos el movimiento un ser que volvía á la vida, después de haber estado casi alcanzado por las garras de la muerte. A la media hora todas las lanchas estaban en la bahía, y, como si un genio piadoso hubiese contenido la tormenta hasta ese momento, la primera ráfaga de viento del mar sopló cuando la última lancha atracaba al muelle del puerto.

La galerna estalló con violencia: el cielo tomó de repente un color amarillento, efecto de un sol que se ponía velado por densas nubes; el huracán empezó á rugir con fuerza y al ruido de las gruesas gotas que comenzaban á arrojar los nubarrones y que la arena candente de la playa bebía con avidez sustituyó el estrépito de maderas que crujen, cornices que se desprenden, cristales que se quiebran en mil pedazos y puertas que golpean como si quisieran escapar de sus quicios. El mar se cubrió primero de blancos copos de espuma; las aguas, hacia un momento transparentes, se tornaban en verdosas y los tonos negros dibujaban un oleaje creciente por instantes, como lo indicaban los acantilados de la costa, á cada segundo cubiertos de jirones de blanquísima gasa.

En medio del temeroso cuadro de una galerna en su más esplén-

dente desarrollo, los corazones sentían el consuelo de que todas las lanchas hubieran llegado á tiempo, cuando un grito de dolor se extendió como un relámpago por toda la villa.

Junto á la barra había un bote!

Un bote con dos pescadores que intentaban forzar las rompientes y que estaba irremisiblemente perdido.

Salir á auxiliarlos era imposible; si alguien se arriesgaba, se aumentaría el número de víctimas inútilmente.

¿Quiénes serían aquellos hombres, si todos los pescadores de Motrico habían regresado sanos y salvos á tierra?

Los rugidos de fiera de Margarit, que corría hacia el puerto con los pies descalzos, el pelo suelto y la falda hecha un rebusco sobre el corto refajo encarnado, indicaron quiénes eran los náufragos.

Se trataba del tío Cascarra y su hijo, niño de once años, que habían ido á San Sebastián á cobrar el importe de una lancha vendida á unos señoritos que aspiraban á emular las glorias de la marina española en las tranquilas aguas del Urumea.

Aunque Margarit no sabía que su padre regresaría en aquella misma tarde, con los sesenta duros que importaba la venta, se sintió alarmada al comenzar la tempestad.

Cuando oyó que había un bote en la barra, le pareció que el corazón se le partía, y loca, desolada, corrió al muelle articulando sonidos sobrehumanos, tanto más ininteligibles cuanto que en su desesperación mezclaba las sílabas del castellano con las del vascuence y los sollozos entrecortaban á cada momento sus exclamaciones.

Trataron de detenerla, pero fué en vano.

Una vez en el muelle, sus ojos se clavaron en un punto del horizonte. Allí estaba la débil barra con su padre y con su hermano, sirviendo de coronamiento á lo mejor á una gigantesca ola, ocultándose en seguida por espacio de algunos segundos que parecían siglos á los espectadores, para surgir nuevamente en sitio distinto y precipitarse rápidamente en el abismo, de donde tal vez ya no saldría nunca.

Margarit miraba alternativamente al sitio donde se desarrollaba el drama y al grupo de los pescadores que mudos de terror lo contemplaba. Primero pidió auxilio á aquéllos; luego prorrumpió en los más horribles denuestos, echándoles en cara con palabras soeces su cobardía, y, por último, se lanzó por la escalera del muelle, saltó al primer bote de los que allí estaban amarrados, desató las cuerdas y comenzó á remar con tal furia que el bote avanzaba á saltos y el agua que levantaban los remos caía sobre los pescadores como una lluvia torrencial.

Ante aquel ruego de heroísmo trataron varios jóvenes de lanzarse en auxilio de los náufragos, que ya eran tres seguramente; pero los más prudentes se opusieron. Era inútil todo socorro, completamente inútil.

Margarit avanzaba siempre.

Desde que salió del muelle iba gritando: ¡Alta! ¡alta! (1), como si aquel pudiera oírle, y poco á poco el eco de ese grito se fué perdiendo



do entre el estrépito de las olas, el rugido del huracán y el choque de la lluvia al golpear sobre las piedras del muelle.

El huracán cedió un tanto en su violencia; la lluvia, en cambio, redoblaba sus ímpetus y el mar seguía agitándose con furia.

Merced á la tormenta, se pasó del día á la noche sin crepúsculo, y la cerrazón quitó de nuestros ojos el terrorífico espectáculo.

Margarit se perdió en la bruma; la punta del murallón, las rocas que formaban la entrada de la peligrosa barra y los altos picos vecinos dejaron de verse. La naturaleza corrió un tupido telón de gasa sobre aquella tragedia.

Ya no había esperanza alguna.

Á las dos horas, la tempestad había huido, la lluvia había cesado y un silencio sepulcral reinaba en toda la costa, sólo interrumpido por los monotonos y acompasados golpes del oleaje en las rocas y en los murallones del muelle.

Los pescadores no descuidaron un momento su trabajo; todo anunciaba que aquella madrugada se podría salir á la sardina, y apenas comenzaron á ceder en sus ímpetus los elementos, ya estaban todos



en el muelle preparando sus embarcaciones para volver al peligro de donde milagrosamente acababan de escapar.

Á las nueve de la noche llamó á todos la atención un bulto en el mar. Su vista y su oído, acostumbrados á ver y oír en la oscuridad y entre el ruido de las olas, les hicieron convenir muy pronto en que se acercaba un bote. ¿Sería Margarit? ¿Sería su padre?

La noticia corrió por toda la población, y el muelle se llenó de curiosos; á los pocos momentos se percibió claramente una embarcación que se acercaba.

—Es Margarit sola—dijeron algunos cuando los profanos en cosas de mar no veían aún más que un bulto negro flotando sobre las aguas.

Y en efecto, era Margarit que atracó valientemente á la escalera del muelle y después de soltar los remos exclamó:

—¡Una cuerda!

En el fondo de su lancha había un bulto. Era el tío Cascarra, aterido por el frío, empapado en agua, que, salvado por su hija,

(1) ¡Padre! ¡padre!

vería medio atontado y sin darse cuenta aún de lo que sucedía.

Á la luz de los farolillos de los pescadores se hizo la operación de izar al tío Cascarra. El entusiasmo estalló en todos los corazones, y los gritos de ¡viva Margarit! resonaron en seguida en el espacio. No permitió ella que nadie tocara á su padre.

En sus hermosos brazos lo transportó hasta el misero domicilio, seguida de la multitud que la vitoreaba. Era aquél un espectáculo que eternecía las almas más insensibles. No se podía ver un ejemplo más grande de heroísmo filial.

Margarit relató sencillamente lo ocurrido.

Momentos antes de llegar ella á las rompientes, zozobró la lancha del tío Cascarra y su hijo.

Ambos eran excelentes nadadores; las olas los separaron á gran distancia uno de otro, y Margarit, que los veía á ambos faltos de fuerzas ya y próximos á hundirse, tuvo que escoger entre su padre y su hermano, decidiéndose por salvar al primero. El pobre niño luchó denodadamente viendo tan cerca la vida; pero no hubo remedio, el salvamento del tío Cascarra impidió el socorro del infeliz Josecho, así se llamaba la criatura, que pereció sin más consuelo que el de ver á su padre libre de una muerte segura.

El médico del pueblo dispuso en primer término que salieran de la casa del tío Cascarra las muchas personas que allí estaban envenenando la atmósfera, y dió sus instrucciones á Margarit, que no ansiaba más que quedarse sola con su padre.

Cuando hubo cerrado la puerta y echado el cerrojo, antes de ocuparse de los remedios indicados por el médico, se lanzó á registrar el chaquetón del viejo, que tendido sobre la cama aguardaba impaciente las sopas calientes que había oído que le recetaban.

—¿Qué buscas?—oíjo al fin.

—El importe del bote.



—¡Se ha perdido!

—¿Cómo perdido! ¿Qué dice usted!—exclamó Margarit temblando de rabia.

—Lo llevaba Josecho.

—Si yo lo llevo á saber—gritó la pescadora encendida por la cólera,—¡cuánto más cerca tenía á Josecho! ¡Qué le cure á usted el demonio!—y dando alaridos de hiena se arrojó sobre su cama, donde permaneció revolcándose y llorando toda la noche con el pensamiento fijo en los sesenta duros perdidos.

El tío Cascarra tiene una fama horrible en Motrico desde aquel día.

Á Margarit le dieron la cruz de Beneficencia, y cuando ante él elogian los forasteros á su hija y le felicitan por la excepcional distinción que ésta ha adquirido en juicio contradictorio nada menos, y siendo testigos el párroco y el alcalde, suele exclamar con su sintaxis vascongada:

—¡Pch ¡A cualquiera le dan cruz!

Emilio S. Pastor,





¿QUÉ IMPORTA?

A mí vuelve arrepentida...
 Conozco que me engañó,
 y, aunque el tiempo no cerró
 completamente la herida,
 estoy seguro que al cabo,
 como en ello ponga empeño,
 otra vez será mi dueño,
 y otra vez seré su esclavo.
 A pesar de su traición
 á ella me lleva el destino...
 ¡á ella, que sabe el camino
 de herir en mi corazón!
 Puesto que á mí vuelve impura,
 é impura y todo la quiero,
 no es éste amor verdadero,
 sino hambre de su hermosura.
 Y aunque lo que queda es na'ja,
 siga amando lo que queda...
 la suavidad de la seda
 de su carne perfumada,

aquel arranque de loca,
 aquel amoroso exceso,
 y la quemazón del beso
 que se escapa de su boca.
 Aunque la afrenta está viva,
 y su proceder fué infame,
 no impiden que yo la llame,
 ni menos que la reciba.
 A luchar no me decido,
 pues mi desgracia mayor
 fuera quedar vencedor,
 y la dicha, ser vencido.
 Venga, pues, porque mis penas
 crecen al verla tan lejos...
 ¡aunque me traiga los dejos
 de las caricias ajenas!
 ¿A qué atormentarme más?
 Lo que ha de ser, ha de ser...
 Si es sueño todo placer,
 ¿qué me importa un sueño más?

Luis de Ansorena.

que devoran su librito,
 que sus consejos estudian,
 y beben, y se remojan,
 riegan y bañan y endachan.
 Y, en su filohidroterapia,
 gentes hay que no se enjagan,
 haciendo un pequeño ahorro
 de gastos de toallas turcas.
 Y como es sencillo el método,
 y tan barato resulta,
 y hace al fin que la *mens sana
 in sano corpore lusca;*
 sanos hay que su envidiable
 naturaleza robusta
 ponen en signo de *Acuario*
 para hacerla más forzada:
 enclenques reblandecidos
 de la vertebral columna,
 que, á lo largo de la espina,
 la empapada esponja estrujan.
 Este del agua de heño
 con el vapor se sahuma
 ó se pone de rodillas
 en infusión de lechuga.
 Aquel riega los pasillos,

que con pies desnudos cruza,
 ó sobre un pie, en el barreño,
 parece durmiente grulla.
 Y el de más allá... Yo mismo
 tanta fe tengo en tal cura,
 que yerba crece en mi alcoba
 con el agua que la inunda;
 que el día paso en remojo
 desde que el sol me saluda,
 y sólo en baño de asiento
 puedo manejar la pluma;
 y es posible que ma y pronto
 á *Vcerishofen* acuda,
 al *aquarium* del presbítero,
 aunque me convierta en trucha.
 Limpia sangre, nervios fuertes,
 ferrada musculatura,
 apetito, dulce sueño,
 valor, ingenio, fortuna...
 Todo eso encuentra en el agua
 hasta quien del vino abusa;
 y ¡guerra aquí al boticario,
 y á Dios gloria en las alturas!...

Eduardo Bustillo.

FILOHIDROTERAPIA

El cara alemán famoso
 que la medicina ilustra
 y, como cura las almas,
 los cuerpos enfermos cura;
 el consultor de dolientes
 que no cobra las consultas,
 modesto pastor católico
 en una aldehuela oscura;
 el que, por amor al agua,
 el vino no prueba nunca,
 á no ser el que en la misa
 bebe por Cristo en ayunas;
 tiene, como en Alemania,
 en Italia, Francia y Rusia,
 en esta tierra española
 fanáticos que le buscan,



FUTURA IMPERFECTA

—Pero al fin te casas tú?
 —Tengo todo ese valor.
 Me caso con la menor
 de las hijas de Mamburí.
 Ellas son tres: Jojjs, Bruna
 y Elvira. Cuando expiró
 mi padre, me suplicó
 que me casara con una,
 y yo, que tengo interés
 en cumplir su indicación,
 prefiero casarme con
 la más joven de las tres.
 —¿Lo quiso tu padre? Sea.
 Ya no lo juzgo locura.
 ¿Y es hermosa tu futura?
 —No, chico; delgada y fea.
 Si ante los niños evoco
 á Elvira, ni uno respira,
 pues decir: «¡Que viene Elvira!»
 es decir: «¡Que viene el coco!»
 Se pone el corsé y, apenas
 se lo pone, yo colijo
 que se le hace un enredijo
 de costillas y ballenas.
 Con calma, bien sabe Dios
 que ni ver sus manos puedo:
 en una le falta un dedo
 y en otra le sobran dos.
 Observarás deficiencias
 si de frente la examinas.
 ¡Como que tiene hornacinas
 en lugar de prominencias!
 Pues ¿y su boca? Hace juego
 con las de riego.
 —Es extraño.
 ¿Lo dices por el tamaño?
 —No, lo digo por el riego.

—Pues ya que no tenga más,
 tendrá hermosa cabellera.
 —¡Infeliz! ¡Qué más quisiera!
 Sólo tiene por detrás
 catorce pelos pringosos,
 y de ellos se hace una rosca
 de color de ala de mosca
 con ramalazos verdosos.
 Los ojos de la infeliz
 no tienen perdón de Dios.
 ¡Si creo que están los dos
 á un lado de la nariz!
 Te reirías si los vieras
 tan chiquitos y tan rojos;
 porque en la forma son ojos,
 y en el fondo vinagreras.
 Su barba es como la mfa.
 ¡Sufro más cuando la veo!
 —¿Se afeitará?
 —¡Ya lo creo!
 Dos ó tres veces al día.
 —Y con las faltas que tú
 me acabas de referir,
 ¿de veras te vas á unir
 á Elvira la de Mamburí?
 Si á una de ellas ante Dios
 has de hacer tu compañera,
 deja á Elvira y considera
 que aún te quedan otras dos.
 —¿Con ellas no te acomodas?
 —No tal, porque el que las mira
 se encuentra con que es Elvira
 la menos fea de todas.
 —¿Y cómo al agonizar
 fué tu padre tan cruel?
 —¡Toma! Porque no era él
 quien se había de casar.

Juan Pérez Sainza.

EL DEDAL DE PLATA

Las mujeres, amigo, son el diablo,
 ¡no se puede con ellas!

 Hace ya muchos años, y aún me dura
 la impresión de amargura y de tristeza
 que me produjo aquello. ¿Qué fué aquello?
 Pues una niñería, una futesa,
 como verás después. Cosía Juana...
 ¿Quién era Juana? Mi ilusión primera;
 mi infierno al rechazarme desdeñosa,
 mi gloria al acercármeme risueña.
 Gloria é infierno que probé cien veces
 cada minuto, ¡porque así era ella!
 Cosía sin dedal. —¿Por qué haces eso?
 pregunté. —Pues verás, desde pequeña
 tengo el capricho de un dedal de plata,
 y hasta que no lo tenga
 prefiero hacerme sangre en este dedo
 á usarlo de otra clase, ¡una simpleza!
 —¿Pues lo vas á tener! ¡y, á ser posible,
 como el que use la reina!
 Dije y corrí á buscarlo. Nadie sabe
 las fatigas, las vueltas y revueltas
 que me costó el dedal. En fin, ¡un duro!
 y has de tener en cuenta
 que un duro era un millón para un muchacho
 que andaba á puntapiés con la miseria.
 Eso sí, era de plata, con su estuche
 de terciopelo de color de fresa,
 una joya, un prodigio, una monada
 que daba gusto verla.
 —¿De qué modo, pensaba, mi Juanilla
 me pagará esta prueba
 de amorosa atención? ¡Con un abrazo!
 ¡con un beso tal vez! ¡Como es tan buena!...
 Y henchido el corazón con la esperanza,
 trepé más que subí por la escalera
 y, seguro del triunfo, en su regazo
 deposité la cariñosa ofrenda.
 ¿Qué piensas que hizo Juana?
 ¡Ni abrió el estuche, ni lo vio siquiera!
 Sin apartar de la labor la vista
 me dijo «gracias» y siguió tan fresca.

Yo soñé aquella noche que tenía
 metida en el dedal el alma entera,
 y Juana se lo puso de tal modo,
 que el alma me deshizo con la yema.

Sinesio Delgado.

LA VENGANZA



—¡Toma! Para que no se te vuelva á olvidar barrer el cuarto.



—¡Hola! Se han dormido como troncos...



—Pues me las vas á pagar todas juntas. ¡Yo te daré barrido!



— ¡Los de guardia! ¡El general!



— ¡Bromitas á mí, señor cabito? ¡Tres meses de calabozo!

Carta á Clarín.

Querido amigo y maestro:

No me atrevo á llamarle «compañero» porque soy de los que reconocen que hay clases.

Clases de primera en literatura, como en los otros ramos del saber humano, que dicen algunos chicos críticos y literatos espon táneos.

Literatos de segunda clase también les hay, pero no los usamos; porque siempre habrá usted leído cuando las empresas teatrales ó las periodísticas anuncian trabajos de escritores y periodistas— que no es lo mismo generalmente, como usted sabe—cómo dicen:

«Está en ensayo, ó sea «bajo el poder de los cómicos,» el drama nuevo en tantos actos y en verso ó en prosa, original de uno—ó de más—de nuestros primeros autores, titulado *La Bella Palmira*.»

No se sabe si el drama ó el autor.

«*El Gusano* cuenta con la colaboración de nuestros primeros escritores y de nuestros primeros dibujantes y de nuestros primeros cajistas.»

Pero en la conciencia de empresas y de literatos de segunda, tercera clase y de perrera literaria están los nombres, grabados con caracteres de fuego, de los primeros verdaderamente.

Y no necesita usted que yo le diga—¡pobre de yo!—que entre los de primera está Clarín con Balart, con Campoamor, con Pérez Galdós, con Pereda y con otros cuatro ó cinco, y perdónenme los demás, los excedentes, con quienes me atrevo á tutearme.

Usted fué el iniciador de esta costumbre de tributar en vivo á los escritores que honran á nuestra primera literatura el homenaje que guardaban las gentes para los muertos.

Era corriente el dejar morir en fuerza de disgustos á los genios, y, apenas habían cerrado los ojos á la vía pública, costearles un buen entierro, si acaso el entierro puede ser bueno; costearles la

vinda, y más si quedaba de huan ver; costearles los hijos, colocándoles para que los pagara el Estado; abrir suscripciones públicas, para que se enterase el país de la existencia de algunas caritativas, por lista, y en ella se leía el nombre de algún amigo del difunto contribuyendo con cien pesetas.

¡Espíritu benéfico!

Era el mismo amigo que le había negado cinco duros dos ó tres días antes de verle difunto; esto es, antes de verle explotable para el reclamo.

A un infeliz ya en el «periódico agónico», según decía de él un muchacho poeta que, en vez de una piedra, arrojaba un canto ó dos sobre la tumba del finado.

Si el que caía no necesitaba que le enterrasen con entrada de favor, ni disponía de mujer ni de hijos, los honores eran de otro género, pero también póstumos.

Usted fué, en aquel centro, llamémosle así, de escritores, artistas y aficionados «de sol,» bautizado, por persona extraña á la reunión, con el nombre de *Bilis-club*, quien inició el pensamiento de manifestar al insigne Pérez Galdós la admiración cariñosa de unos cuantos, en representación del país.

Usted fué el iniciador, secundado por Félix Llana y algunos más, en aquel interior de la *Cervecería Escocesa* de la calle del Príncipe.

El público necesita en los espectáculos la excitación de los alabarderos para manifestar su agrado ó su entusiasmo. Ya lo saben y abusan las empresas.

Y lo mismo los necesita la muchedumbre en varios actos de su vida.

Usted, demostrando tan noble admiración y su incapacidad para la envidia, formó la *claque* para el ilustre autor de los *Episodios nacionales*, y nosotros nos declaramos *claqueurs*, bajo su jefatura.

Aquel «banquete grande,» verdaderamente «grande,» y aquel banquete chico, hijuela del otro, fueron los resultados de su poderosa iniciativa.

Usted inauguró esas solemnidades que enaltecen á los pueblos cultos.

Usted ha lanzado el primero la idea de dedicar al insigne poeta, al eminente escritor, al cariñoso y benévolo amigo de la juventud, D. Ramón Campoamor, un testimonio de la pública estimación que merece y que disfruta.

Después de usted, *Kasabal*, el ingeniosísimo y elegante escritor, ha significado idénticos justísimos deseos.

Detrás... vamos todos cuantos miramos á Campoamor como el poeta más personal y más moderno, entre todos los poetas.

Cuantos le profesamos á un tiempo respeto y cariño; cuantos hemos hallado en sus versos algo que habíamos pensado y sentido, pero «sin poder romper á pronunciar,» como decía un cazador de su perro, elogiando su instinto; esto es, sin saber formularlo.

A usted debemos la inauguración de estas manifestaciones de cultura, que empezaron con Galdós, continuaron con el cantor de nuestras glorias, el inolvidable Zorrilla (D. José), y continúan con Campoamor y continuarán con Balart, y Pereda, y Tamayo, y Echegaray, y, aunque no abrigo la esperanza de contribuir á ello (por mor de la falta de años), algún día han de continuar con usted.

Enójese ó no por esta franca manifestación de mis opiniones. Pero ¿soy ó no soy autónomo? Tengo votó, porque hay sufragio unívocal literario, y hasta he sido jurado, aunque inconsciente por supuesto.

Eduardo de Palacio.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. J. C.—May mediana. Casi todos los versos son duros... con una dureza endiablada.

Sr. D. L. M. G.—El diálogo es demasiado vulgar, y casi pedestre. Además, la composición peca de larga. No hay quien aguante tantos versos seguidos... aunque en cada uno se diga una sentencia.

Eso.—El pensamiento, que debía estar claro como el agua, resulta oscuro... gracias á la forma.

El portero de Eslova.—¿Quiere usted que le diga lo que me parece el romance? ¡Inocente y cándido como una mariposilla blanca!

Sr. D. E. M.—Endeble en sí. Tenga usted cuidado con el ritmo, que en esa clase de versos es casi lo esencial.

Sr. D. N. R.—Género amoroso antiguo, que ha quedado relegado á los álbums, con ó sin cantoneiras.

Sr. D. A. C.—Valencia.—Se aprovechará la última en la sección de *Chismes* á la mayor brevedad.

Nozo.—«Que español no se siente arrebatado

por viril y nobilísimo entusiasmo

al contemplar su militar bandera?

¿Cual al mirarla no recuerda

su triunfo en Bailén y en Arapiles

en Villaviciosa y en Albuera?»

¡Hombre! Después de lo de Cabrerizas Altas, no le faltaba á la bandera más que eso.

Sr. D. M. de A.—May por lo mediano, dicho sea con el debido acatamiento.

M. M.—El *no* se hace muy pesado por la repetición forzada de la palabra en el asonante, y el *ojo por ojo*, que está versificado con gran soltura, tiene el defecto del final, que está muy gastado y... no es del mejor gusto además.

Demost.—Bien hecho el romance, y vencida la dificultad del asonante, que no es grano de anís. Sin embargo, no me parece publicable por la dureza de muchas frases y por la personalidad que envuelve.

Caramba—El asunto podía tener gracia, pero se le quita la forma, que no es todo lo *sucita* que debiera. Gracias por todo.

Alpinista—El romance es corto y... resulta largo. Porque hay muchas palabras de sobra.

Los bates arribatados—Y arribatadores para una broma, á juzgar por la muestra. Dios os conserve el buen humor, ¡ángeles míos!

Un crítico indigente—Y oportuno, y con verdadera gracia. ¡Lástima que por falta de espacio no haya en este número *Chismes y cuentos*!

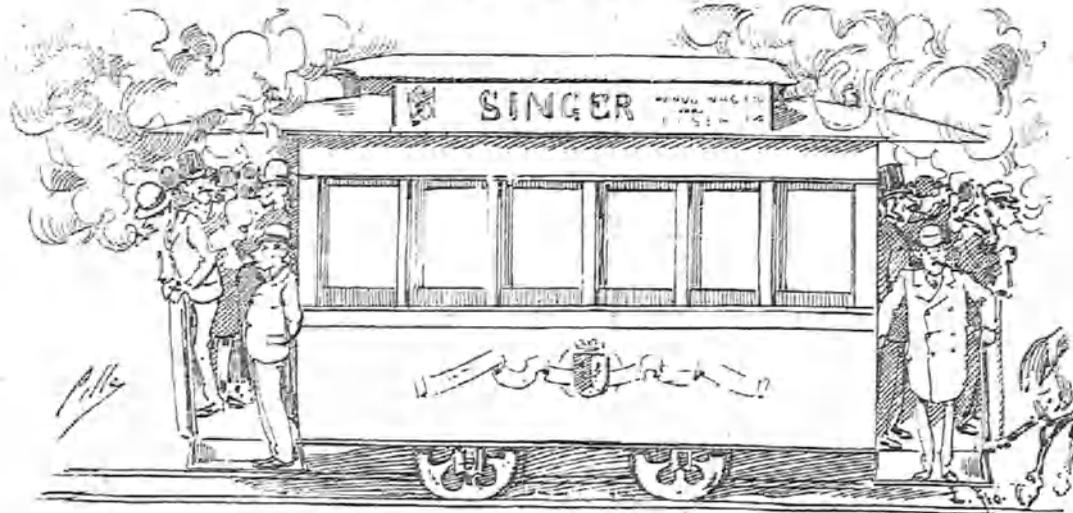
¡Sívot!—¡Ay, no! Y ojo con las asonancias, porque la última *quiastilla* destroza el tímpano materialmente.

Sr. D. J. M.—No puedo aprovechar ninguno.

Fifo—Lo malo, es decir, lo peor, es que cambia usted de metro casi sin notarlo, y unas veces le salen las once sílabas necesarias y otras doce. Es decir, una de propina.

Sr. D. M. A.—Tiene poca miga el epitafo.

ORDEN DE LA AUTORIDAD



«Se prohíbe fumar en el interior de los coches-tranvías.»

HIGIENE DE LA CABEZA



Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación, libre de materias colorantes, es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

sonas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Fascos desde 1 peseta á 7 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha. Perfumerías, Droguerías y Peluquerías.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente. 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

SABAÑONES

Se curan con la POMADA DE RELANZON. Tarro una peseta. Venta principales farmacias.

Depósitos en Madrid:

Garcera, Príncipe, 18, y Caldeiro, Arenal, 24.

Por mayor:

Farmacia de su autor, Torrijos (Toledo).

MADRID, 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.